PLAUTO

LA COMEDIA DE LA OLLITA

LA COMEDIA DE LA OLLITA

Plauto



Plauto

La comedia de la ollita



Plauto

Tito Maccio Plauto nació aproximadamente en el año 254 a. C., en Sarsina, actual Italia. Fue un famoso comediógrafo latino, cuyas obras empezaron a representarse a partir del 210 a. C. en Roma.

Los expertos señalan que durante su juventud trabajó en una compañía teatral, tal vez como actor cómico, hasta que más adelante escribió sus primeras obras. Se le han atribuido 130 comedias, aunque, en el siglo I, el crítico Marco Terencio Varrón consideró que solo 21 de ellas eran auténticas.

Sus principales influencias fueron los autores de comedia griega Menandro, Dífilo y Filemón. Por otro lado, Plauto supo construir arquetipos de personajes que trascendieron en el tiempo, diálogos ingeniosos con una variedad de recursos, así como situaciones cotidianas con dosis de fantasía y descripciones con una gran riqueza lingüística.

Entre sus principales comedias figuran *La comedia de la ollita*, *Anfitrión*, *Los cautivos*, *El mercader* y *El militar fanfarrón*. Asimismo, su talento literario ha influido en autores como Boccaccio, Shakespeare y Molière.

Falleció en Roma hacia el año 184 a. C.

La comedia de la ollita
Plauto

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LA COMEDIA DE LA OLLITA

PERSONAJES

DIOS DE LA CASA, prólogo

EUCLIÓN, viejo avaro

ESTÁFILA, vieja esclava de Euclión

EUNOMIA, matrona, hermana de Megadoro y madre de Licónides

MEGADORO, pretendiente de Fedria

ESTRÓBILO, esclavo de Megadoro

CONGRIÓN, cocinero

ÁNTRAX, cocinero

PITÓDICO, esclavo de Megadoro

LICÓNIDES, joven

ESCLAVO DE LICÓNIDES

FEDRIA, joven, hija de Euclión

FLAUTISTAS

La acción transcurre en Atenas

PRÓLOGO

EL DIOS DE LA CASA

Unas breves palabras sobre mi persona, para que nadie se extrañe y se pregunte qué es lo que quiere este aquí. Yo soy el dios de la casa de esta familia, de donde me han visto salir ahora mismo. Ya hace muchos años que estoy instalado en esta casa y encargado de su tutela, en tiempos ya del padre y del abuelo del que vive ahora en ella. La cosa es que el abuelo de este me vino un día con muchas súplicas y me encomendó en secreto un tesoro y fue y lo enterró en medio del hogar, pidiéndome en su rogativa que me hiciera yo cargo de ello. Cuando murió, que era de una condición muy avara, no quiso dar cuenta del asunto del tesoro a su hijo y prefirió dejarle sin una perra que indicarle dónde estaba escondido; le dejó solo un pedazo de terreno de nada, teniendo el hombre que arrastrar así una vida trabajosa y miserable. Cuando murió su padre, o sea, el que me había encomendado el tesoro, me puse yo a observar, a ver si es que el hijo me hacía un poco más de caso que me había hecho el padre. Pero qué, cada vez se ocupaba menos de mí y me hacía

menos ofrendas. Yo, por mi parte, hice exactamente lo mismo, o sea, que se murió tan pobre como había vivido. Dejó un hijo, que es el que vive actualmente aquí en la casa, que es de la misma condición que el padre y el abuelo, y tiene una hija única que no deja pasar un día sin venir a rezarme, me ofrece incienso, vino, o lo que sea, y me pone coronas de flores. Ella ha sido la causa por la que he hecho encontrar el tesoro a Euclión, su padre, para que la pudiera casar así más fácilmente, si es que quería. Porque es que la ha agraviado un joven de una familia adinerada. Él sabe quién es ella, pero ella no sabe quién es él y el padre no sabe nada de nada. Por obra mía va a pedirla hoy en matrimonio el viejo ese que vive ahí al lado, pero eso lo hago solo con el fin de que se case más fácilmente con ella el joven que la ha agraviado. Y es que el viejo que la va a pedir en matrimonio es tío del joven que la ultrajó de noche, en la vigilia de Ceres. Pero ya está nuestro viejo gritando ahí dentro como de costumbre. Está echando a la vieja fuera, para que no se entere de nada. Seguro que quiere darle una vuelta al tesoro, no sea que se lo hayan robado.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

EUCLIÓN Y ESTÁFILA

EUCLIÓN.— ¡Fuera, digo, vamos, fuera, afuera contigo, maldición! ¡Mirona, más que mirona, con esos ojos de husmeadora!

ESTÁFILA.— Pero ¿por qué me pegas? ¡Desgraciada de mí!

EUCLIÓN.— ¿Que por qué te pego, desgraciada! Pues para que lo seas de verdad y para que lleves una vejez tal como te la mereces, de mala que eres.

ESTÁFILA.— Pero ¿por qué me echas ahora de casa?

EUCLIÓN.— ¿A ti te voy a tener que dar yo cuentas, tú que recibes palos? ¡Allí, retírate de la puerta! ¡Mira qué manera de moverse! ¿Pues sabes lo que te espera?

¡Maldición! ¡Como llegue a echar mano de un palo o de un látigo, verás cómo te alargo esos pasitos de tortuga!

ESTÁFILA.— ¡Mejor preferiría verme en la horca que tener que servir en tu casa de esta forma!

EUCLIÓN.— ¡Mira cómo rezonga para sus adentros la maldita! Los ojos te voy a sacar, malvada, para que no puedas andar espiando lo que hago. Retírate más, un poco más, ¡eh!, para ahí. Te juro que si te mueves de ahí ni un dedo ni una uña o si vuelves la cara para acá antes de que yo te lo ordene, en la horca vas a acabar, a ver si así aprendes. No he visto en mi vida una vieja más mala que esta. ¡Un gran miedo que le tengo! De que se las arregle para engañarme si me descuido y que se huela dónde está escondido el oro; en la nuca tiene también ojos la maldita. Bueno, voy ahora a dar una vuelta, a ver si está todavía el oro allí donde lo dejé, desgraciado de mí, que no me deja este asunto ni un momento de tranquilidad. *(Entra en casa)*.

ESTÁFILA.— Por Dios que no puedo figurarme qué clase de maleficio o de locura le ha entrado a mi amo: lo mismo que ahora me echa de casa hasta diez veces al día, desgraciada de mí. Por Dios que no sé qué mal le trae de

esta manera; se pasa las noches enteras en vela, por el día no se mueve de casa, ¡ni que fuera un zapatero cojo! Y no sé ya cómo ocultarle la deshonra de su hija, que está a punto de dar a luz; me parece que la mejor solución sería echarme una soga al cuello y quedarme colgando como una letra *i* larga.

ESCENA SEGUNDA

EUCLIÓN Y ESTÁFILA

EUCLIÓN.— Por fin salgo ya de casa más desahogado, después de comprobar que está todo en orden. *(A Estáfila).* ¡Entra ya y vigila ahora allí!

ESTÁFILA.— ¿También esas? ¿Que vigile adentro? ¿Acaso para que no se lleven la casa? Porque otra cosa no veo yo que puedan sacar de ahí los ladrones, así está toda vacía; como ve, no hay ahí más que arañas.

EUCLIÓN.— Milagro que no me convirtiera Júpiter en un rey Filipo o un Darío, bruja. Quiero quedarme con mis arañas, confieso que soy pobre y estoy conforme con ello y me amoldo a la voluntad de los dioses. Entra y cierra la puerta, enseguida vuelvo. Mucho cuidado con dejar entrar a nadie en la casa. Para el caso de que viniera alguien a pedir fuego, quiero que lo apagues, que no haya motivo de que venga nadie a pedírtelo: si el fuego vive,

tú dejarás de vivir al instante. Di también que se ha ido el agua, si alguien viene a pedírtela; el cuchillo, el hacha, el macharatajo, el mortero, todos esos cacharros que andan siempre pidiendo prestados los vecinos, di que han venido los ladrones y se los han llevado. En resumen, mientras yo esté fuera, no quiero que se deje entrar a nadie en mi casa. Todavía más te digo, así venga la buena suerte en persona, no la dejes entrar.

ESTÁFILA.— ¡Por Dios!, de eso me parece que se cuida ya ella misma, porque hasta ahora no ha puesto jamás los pies en nuestra casa, a pesar de no andar lejos de por aquí.

EUCLIÓN.— Calla y adentro contigo.

ESTÁFILA.— Callo y entro.

EUCLIÓN.— Cierra, por favor, la puerta con los dos pestillos. Yo vuelvo enseguida. *(Estáfila entra en casa)*. Se me parte el alma de tener que salir de casa. Juro que me voy pero que completamente a la fuerza. Pero yo sé lo que hago porque es que el jefe de nuestra curia ha dicho que va a hacer un reparto de a moneda de plata por cabeza; si lo dejo y no voy a por ello, enseguida van

a sospechar todos que tengo un tesoro en casa, porque es muy inverosímil que una persona pobre se deje pasar la ocasión de ir a recoger dinero, sea la cantidad que sea. Es que precisamente mientras que me esfuerzo por ocultar con tanto empeño que no se entere nadie, parece que lo saben todos y me saludan todos más atentos que antes, se acercan, se detienen a hablarme, me dan la mano, me preguntan qué tal estás, cómo se anda, qué haces. Ahora, a lo que iba, y luego a casita lo más pronto posible.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

EUNOMIA Y MEGADORO

EUNOMIA.— Yo quisiera, hermano, que tú tuvieras la convicción de que mis palabras nacen de mi afecto hacia ti y de mi interés por tu bien, ya que vienen de parte de una verdadera hermana. Aunque no se me oculta que se nos tiene aversión a las mujeres, porque tenemos fama de charlatanas, y con razón y hasta dicen que ni hoy en día ni nunca jamás ha habido una mujer que fuera muda. Así y todo, hermano, quiero que reflexiones lo siguiente: nadie hay más allegado para ti que yo, ni que tú para mí, por lo que es natural que discurramos de común acuerdo y nos aconsejemos mutuamente aquello que consideremos que es en interés del bien de ambos y que no nos lo andemos ocultando o callando por miedo, sino que hagamos intercambio mutuo de nuestras opiniones. Este es el motivo por el que te he traído aquí a solas para

poder hablar con tranquilidad contigo de tus intereses familiares.

MEGADORO.— Eres una mujer fantástica, ¡dame esa mano!

EUNOMIA.— ¿Fantástica? ¿Dónde está? ¿Es que hay alguna que lo sea?

MEGADORO.— Tú lo eres.

EUNOMIA.— ¿Yo?

MEGADORO.— Si te empeñas, entonces, no.

EUNOMIA.— Sé sincero, una mujer fantástica no existe. Cada una es peor que la otra, hermano.

MEGADORO.— Esa es también mi opinión y de seguro que no te voy a llevar la contraria en ese punto, hermana.

EUNOMIA.— Préstame atención, por favor.

MEGADORO.— Soy todo oídos, no tienes más que mandar, si quieres algo.

EUNOMIA.— Es un consejo, que en mi opinión, es lo mejor para ti.

MEGADORO.— Hermana, eres la misma de siempre.

EUNOMIA.— Me alegro.

MEGADORO.— A ver, hermana, ¿de qué se trata?

EUNOMIA.— Se trata de una cosa que ojalá te traiga felicidad sin término: para que tengas hijos...

MEGADORO.— ¡Dios lo haga!

EUNOMIA.— Quiero que contraigas matrimonio.

MEGADORO.— ¡Dios mío, muerto soy!

EUNOMIA.— Pero ¿qué pasa?

MEGADORO.— Pobre de mí, tus palabras, hermana, me hacen saltar los sesos. Son más duras que la piedra.

EUNOMIA.— Vamos, haz lo que te dice tu hermana.

MEGADORO.— Si fuera de mi agrado, sí que lo haría.

EUNOMIA.— Es por tu bien.

MEGADORO.— Sí, antes morir que casarme. De todos modos, estoy dispuesto a ello, si me das una mujer con la condición de que entre mañana en casa y pasado mañana la saquen... Si estás de acuerdo con esta condición, entonces, enseguida, haz los preparativos de la boda.

EUNOMIA.— Yo, hermano, te tengo ya buscada una, que tiene una buena dote, pero... es un poco mayor, una mujer así de media edad. Si quieres que la pida para ti en tu nombre, estoy dispuesta a hacerlo.

MEGADORO.— ¿Me permites hacerte una pregunta?

EUNOMIA.— No faltaba más, pregunta lo que te apetezca.

MEGADORO.— Si un hombre de más de media edad se casa con una mujer de edad media, si se da el caso de que la vieja se queda en estado del viejo, ¿no crees que la criatura recibiría de todas formas el nombre de Póstumo? Yo, hermana, quiero ahorrarte y aminorarte todos esos cuidados. Gracias a Dios y a nuestros mayores

tengo suficientes riquezas; grandes partidos, afán de representar, ricas dotes, vocinglerías, órdenes, calesas con marfiles, mantones, púrpuras, todo eso me trae sin cuidado, todas esas cosas no hacen más que reducir a los maridos a la servidumbre.

EUNOMIA.— Dime entonces, ¿quién es la que quieres tomar por esposa?

MEGADORO.— Ahora mismo, ¿conoces tú al viejo este pobrete de aquí al lado, Euclión?

EUNOMIA.— Claro que le conozco y, por Dios, que no es mala persona.

MEGADORO.— A su hija, que es soltera, quiero pedirla por esposa. No me digas nada hermana, que sé lo que vas a decir: que es pobre; pues pobre y todo, me gusta.

EUNOMIA.— Que sea para bien.

MEGADORO.— Así lo espero.

EUNOMIA.— ¿Algo más?

MEGADORO.— Que te vaya bien.

EUNOMIA.— Lo mismo digo, hermano. *(Entra en casa)*.

MEGADORO.— Voy a acercarme a ver a Euclión, si está en casa. Ah, mira, ahí viene, vuelve ahora mismo de donde sea.

ESCENA SEGUNDA

EUCLIÓN Y MEGADORO

EUCLIÓN.— No, si tenía yo el presentimiento al salir de casa de que iba por nada, y por eso me marchaba a disgusto: no se ha presentado ni nadie de la curia, ni el jefe que iba a hacer el reparto. Ahora, derecho a casa, que en cuerpo estoy aquí, pero en realidad mi mente está allá.

MEGADORO.— ¡Salud y suerte, Euclión!

EUCLIÓN.— Queda con Dios, Megadoro.

MEGADORO.— ¿Qué tal, contento y bien de salud?

EUCLIÓN.— *(Aparte)*. No creas que cuando un rico se pone tan amable con un pobre, es así a la buena de Dios: ese sabe ya que tengo el oro, por eso me saluda tan atento.

MEGADORO.— Dime, pues, ¿sigues bien?

EUCLIÓN.— A ver, en lo referente al dinero, así así.

MEGADORO.— Caray, si es que sabes llevarlo tienes para pasarlo bien.

EUCLIÓN.— *(Aparte)*. La vieja le ha descubierto lo del oro, ¡maldición!, está más claro que el agua; cuando vuelva a casa le voy a cortar la lengua y a sacarle los ojos.

MEGADORO.— ¿Qué es lo que estás hablando ahí a solas?

EUCLIÓN.— Me estoy quejando de mi pobreza. Tengo una muchacha soltera ya mayor, sin dote y que no hay quien la case, lo que es yo no soy capaz de encontrarle una colocación.

MEGADORO.— Calla, no te apures, Euclión, se le dará una dote; estoy dispuesto a ayudarla. Habla si necesitas algo, no tienes más que mandar.

EUCLIÓN.— *(Aparte)*. Con tanto ofrecimiento lo que hace en realidad es pedir; está con la boca abierta dispuesto nada más que a tragarse mi oro; en una mano tiene una piedra y con la otra te enseña un pan. Yo no me fío de nadie que siendo rico se pone tan atento con un pobre, al mismo tiempo que te tiende tan amable la

mano, te carga con el daño que sea. Yo me conozco a estos pulpos, que una vez que le han echado la garra a algo, no lo sueltan ni a tiros.

MEGADORO.— Atiéndeme un momento, si no te incomoda, Euclión, tengo que hablarte de un asunto que nos interesa a los dos.

EUCLIÓN.— *(Aparte)*. ¡Ay desgraciado de mí, eso es que me han soplado el oro! Seguro que es que quiere por eso hacer una componenda conmigo, pero voy un momento a casa a dar una vuelta.

MEGADORO.— ¿A dónde vas?

EUCLIÓN.— Ahora mismo vuelvo, que tengo que ir a casa a ver una cosa. *(Entra en casa)*.

MEGADORO.— Caray, me parece que en cuanto le diga algo de la hija, de que me la dé en matrimonio, va a pensar que me burlo de él; es que yo no he visto nadie que se ande con más estrecheces a causa de su pobreza.

EUCLIÓN.— *(Aparte, saliendo de casa)*. Gracias a Dios todo está en orden; en orden está lo que no ha

fenecido. ¡Qué gran miedo tenía! Antes de entrar en casa, casi me desmayo. Aquí me tienes, Megadoro, para lo que quieras mandar.

MEGADORO.— Gracias. Vamos a ver, contéstame francamente y sin reparos a lo que te pregunte.

EUCLIÓN.— De acuerdo, con tal que no me preguntes algo que yo no tenga ganas de decir.

MEGADORO.— Dime, ¿qué opinión te merece mi linaje?

EUCLIÓN.— Buena.

MEGADORO.— ¿Me tienes por una persona honorable?

EUCLIÓN.— Desde luego.

MEGADORO.— ¿Qué dices de mi conducta?

EUCLIÓN.— Digo que no es ni mala ni reprobable.

MEGADORO.— ¿Sabes... la edad que tengo?

EUCLIÓN.— Sé que es elevada, lo mismo que tus riquezas.

MEGADORO.— Yo, por mi parte, bien sabe Dios que siempre he creído, y lo sigo creyendo, que eres lo que se dice un ciudadano sin tacha.

EUCLIÓN.— *(Aparte)*. A este le da el tufo del oro. ¿Qué es lo que quieres entonces de mí?

MEGADORO.— Puesto que tú estás bien informado sobre mi persona y yo sobre la tuya, ahora, lo cual sea para bien mío, tuyo y de tu hija, te pido que me la des a ella por esposa. Prométemelo.

EUCLIÓN.— Vamos, Megadoro, esa manera de proceder no es digna de tu conducta, burlarte de mí, una persona pobre, que no te ha hecho nunca nada ni a ti ni a los tuyos. De verdad, ni de hecho ni de palabra me he portado nunca contigo como para darte ocasión a que hagas lo que haces.

MEGADORO.— Por Dios que no es mi intención burlarme de ti; ni me burlo, ni creo que venga ello a cuento.

EUCLIÓN.— ¿Por qué me pides entonces la mano de mi hija?

MEGADORO.— Pues para que tú veas acrecentado tu bienestar por mí y yo el mío por ti y los tuyos.

EUCLIÓN.— Pero es que, Megadoro, yo pienso que tú eres un hombre rico, influyente y yo el último de los pobretones, o sea, que si te doy a mi hija en matrimonio, me parece como si tú fueras un buey y yo un borrico; si me pongo a la par de ti, al no poder llevar la carga como tú, yo, el asno, pararía en el barro, tú, el buey, no me dignarías una mirada, tal como si no existiera; tú me dejarías sentir tu superioridad y al mismo tiempo sería el hazmerreír de la gente de mi clase; me quedaría sin establo fijo en una parte y en la otra, en el caso de que sobreviniera una separación: los asnos me harían pedazos a mordiscos y los bueyes me envainarían con sus cuernos. Así que veo yo un gran peligro en eso de pasarse de los asnos a los bueyes.

MEGADORO.— Mientras más te arrimes a las gentes de bien, tanto mejor para ti. Euclión, acepta mi propuesta, oye lo que te digo y prométeme a tu hija.

EUCLIÓN.— Pero no tengo dote que darle.

MEGADORO.— Déjate de dotes, con tal que sea de buena condición, bastante dotada está.

EUCLIÓN.— No, yo te lo digo, porque no vayas a pensar que he encontrado un tesoro

MEGADORO.— Lo sé, no hace falta que me lo avises; prométeme la mano de tu hija.

EUCLIÓN.— Sea. *(Se oyen unos golpes de azadón)*. ¡Santo Dios, ahora sí que estoy perdido!

MEGADORO.— ¿Qué te pasa?

EUCLIÓN.— ¿Qué es lo que ha sonado, algo así como un ruido metálico? *(Entra corriendo en casa)*.

MEGADORO.— *(Volviéndose a mirar hacia su casa)*. No, es que he mandado cavar aquí en casa el jardín. ¿Pero dónde está este? Se ha marchado sin darme una contestación. Se porta con altanería porque ve que busco su amistad; hace igual que todos: deja a una persona rica ir a buscar el favor de un pobre; el pobre no se atreve

a entrar en contacto con él; por miedo echa a perder la cosa y luego, después de que feneció la ocasión, entonces, cuando ya es tarde, la echa de menos.

EUCLIÓN.— *(Hablando con Estáfila a la puerta)*. ¡Maldición!, si no te hago arrancar la lengua de raíz, te doy orden y te autorizo a que me hagas castrar por quien te dé la gana.

MEGADORO.— Caray, Euclión, estoy viendo que me tomas por una persona a propósito para, a pesar de mi edad, andar jugando conmigo, y eso sin que yo dé motivo para ello.

EUCLIÓN.— ¡Por Dios!, Megadoro, ni lo hago, ni aunque quisiera tendría posibles para juegos de ninguna clase.

MEGADORO.— Entonces, ¿qué? ¿Me prometes la mano de tu hija?

EUCLIÓN.— Pero con las condiciones y con la dote que te dije.

MEGADORO.— Entonces, ¿me la prometes?

EUCLIÓN.— Te la prometo.

MEGADORO.— Que sea para bien.

EUCLIÓN.— Dios lo haga. Pero ten presente que hemos convenido que no llevaría dote al matrimonio.

MEGADORO.— Lo sé.

EUCLIÓN.— Pero yo también me sé los subterfugios de los que te vales: lo convenido no está convenido, lo no convenido está convenido, según le viene en gana.

MEGADORO.— No habrá problema entre nosotros. Pero ¿tienes algo en contra de que celebremos la boda hoy mismo?

EUCLIÓN.— De ninguna manera, todo lo contrario.

MEGADORO.— Entonces me voy para hacer los preparativos. ¿Algo más?

EUCLIÓN.— Nada, que te vaya bien.

MEGADORO.— (A *su esclavo)*. ¡Tú, Estróbilo, ven conmigo enseguida deprisa al mercado!

EUCLIÓN.— Se fue. ¡Dioses inmortales, lo que puede el oro! Estoy seguro que se ha enterado de que tengo un tesoro en casa y no está más que deseando echarle la garra, por eso se ha empeñado en emparentarse conmigo.

ESCENA TERCERA

EUCLIÓN Y ESTÁFILA

EUCLIÓN.— ¿Dónde estás tú, demonio, que le has dicho ya a toda la vecindad que le iba a dar una dote a mi hija? Tú, Estáfila, te estoy llamando. ¿Es que estás sorda? Deprisa, lava y purifica el cacho de vajilla que hay en casa, que he prometido a mi hija: hoy mismo la caso con Megadoro.

ESTÁFILA.— Que sea para bien, pero por Dios, no puede ser con tanta prisa.

EUCLIÓN.— Calla y vete. Ocúpate de que esté todo a punto cuando vuelva del foro. Y cierra la casa, ahora mismo vuelvo. *(Se va)*.

ESTÁFILA.— Dios mío, ¿qué hago yo ahora? Estamos al borde de la perdición, lo mismo yo que la hija del amo, que está a punto de dar a luz y se va a descubrir su deshonra; hasta ahora lo hemos tenido oculto y en

secreto, pero ya es imposible. Me voy adentro, para que cuando vuelva el amo esté dispuesto lo que me ha mandado. ¡Dios mío, no es nada el brebaje de penas y de palos que voy a tener que tragarme!

ESCENA CUARTA

ESTRÓBILO, ÁNTRAX Y CONGRIÓN

ESTRÓBILO.— Después de que el amo ha hecho la compra, contratado los cocineros y estas flautistas en el mercado, me ha dado orden de hacer de todo dos partes equitativas.

ÁNTRAX.— A mí, te lo digo a las claras, a mí no me partes tú; si quieres que vaya entero a donde sea, estoy dispuesto.

CONGRIÓN.— ¡Bonito sinvergüenza estás hecho! ¡Mira qué decente que es! Y a la postre, si alguien te lo pide, anda que no dejarías de hacerlo.

ESTRÓBILO.— Ántrax, yo lo había dicho en otro sentido, no en ese que tú te figuras. Bien, mi amo celebra hoy su boda.

ÁNTRAX.— ¿Quién es el padre de la novia?

ESTRÓBILO.— Euclión, el vecino de aquí al lado. Por eso me ha dado orden de que se le dé la mitad de la compra, uno de los cocineros y una de las flautistas.

ÁNTRAX.— ¿Dices entonces que la mitad para aquí y la mitad para su casa?

ESTRÓBILO.— Exacto.

ÁNTRAX.— ¿Qué, es que no podía el viejo este hacer la compra de su dinero para las bodas de la hija?

ESTRÓBILO.— ¡Ja!

ÁNTRAX.— ¿Qué pasa?

ESTRÓBILO.— ¿Que qué pasa, dices? Ese viejo es más seco que la piedra pómez.

ÁNTRAX.— ¿De verdad?

CONGRIÓN.— ¿Es posible?

ESTRÓBILO.— Tú figúrate: se empeña en que está arruinado, del todo perdido; hasta implora el socorro de los dioses y de los hombres en cuanto ve que se escapa por

donde sea humo de su chabola. Lo que es más, cuando se va a la cama, se pone un saquillo de cuero atado a la boca.

ÁNTRAX.— ¿Pero, para qué?

ESTRÓBILO.— No sea que se le escape algo de aire mientras duerme.

ÁNTRAX.— ¿También se tapa el agujero de atrás, para que no se le escape el aire mientras duerme?

ESTRÓBILO.— Yo pienso que me lo debes creer, igual que dado el caso te lo creería yo también a ti.

ÁNTRAX.— No, no, sí te lo creo.

ESTRÓBILO.— Pero ¿sabes? ¡Ja, cuando se baña, llora, porque se gasta agua!

ÁNTRAX.— ¿Crees tú que podríamos conseguir del viejo un talento magno para comprarnos la libertad?

ESTRÓBILO.— ¡Uf!, así le pidieras prestada el hambre no te la daría. Verás, otra cosa: hace poco le cortó el barbero las uñas: fue y recogió y se llevó todas las recortaduras.

ÁNTRAX.— ¡Caray!, sí que es un tío roñoso de verdad.

ESTRÓBILO.— ¿Que si es roñoso y vive como un miserable? Verás, el otro día se le llevó un ave la carne; después de esto se fue lloriqueando al pretor, empezó allí a exigir llorando y lamentándose, que se le permitiera hacerle un proceso al ave. Cientos de cosas te podría contar, si tuviéramos tiempo. Pero a ver, ¿cuál de los dos es más ligero?

ÁNTRAX.— Yo, en consonancia con mi mayor categoría.

ESTRÓBILO.— Yo pregunto por un cocinero, no por un ladrón.

ÁNTRAX.— ¡Un cocinero es lo que digo!

ESTRÓBILO.— ¿Y tú qué dices?

CONGRIÓN.— Digo que soy así como ves.

ÁNTRAX.— ¡Ese es un cocinero de domingo, no va a guisar más que una vez por semana!

CONGRIÓN.— El nombre de ladrón, que seis letras tiene, tú, ladrón, ¿te atreves a hablar mal de mí?

ÁNTRAX.— Ladrón tú, más que ladrón.

ESCENA QUINTA

ESTRÓBILO, ÁNTRAX Y CONGRIÓN

ESTRÓBILO.— Calla ya y coge el cordero más gordo y llévalo ahí dentro a casa.

ÁNTRAX.— Vale.

ESTRÓBILO.— Tú, Congrión, toma este y vete allí dentro y ustedes irán con él.

CONGRIÓN.— ¡Caray!, vaya una manera de repartir, esos se llevan el cordero más gordo.

ESTRÓBILO.— A cambio te llevarás tú la flautista más gorda; ve con él, Frigia, y tú, Eleusio, aquí a nuestra casa.

CONGRIÓN.—¡Ay, Estróbilo, traicionero, largarme aquí con el viejo avaro este! Y si necesito algo, ¿qué?

¡Hasta perder la voz lo tendré que pedir antes que se me dé nada!

ESTRÓBILO.— Estás tonto y, por lo que veo, no tiene sentido portarse decentemente cuando resulta que lo echas en saco roto.

CONGRIÓN.— ¿Y eso, por qué?

ESTRÓBILO.— ¿Que por qué, dices? En primer lugar, ahí descuida, que no tendrás problema alguno: si necesitas algo, tráetelo de tu casa, para que no pierdas el tiempo en pedirlo. Aquí, en cambio, en casa de mi amo hay un lío y una cantidad de gente enorme, muebles, joyas, vestidos, vajilla de plata; si fenece algo (y yo sé que tú eres muy capaz de no tocar nada, si no tienes nada a tu alcance) dicen: ¡los cocineros se lo han llevado, echarles mano, atarlos, azotarlos, a la cisterna con ellos!; nada de eso te puede pasar a ti, porque aquí no hay nada para llevarse. Vamos, ven conmigo.

CONGRIÓN.— Está bien.

ESCENA SEXTA

ESTRÓBILO, ESTÁFILA Y CONGRIÓN

ESTRÓBILO.— ¡Tú, Estáfila, sal y ábrenos!

ESTÁFILA.— ¿Quién va?

ESTRÓBILO.— Soy yo, Estróbilo.

ESTÁFILA.— ¿Qué es lo que quieres?

ESTRÓBILO.— Que hagas pasar a estos cocineros y aquí a la flautista; ten también la compra para la fiesta de las bodas; es para Euclión de parte de Megadoro.

ESTÁFILA.— Oye, tú, ¿son las bodas de Ceres lo que van a celebrar?

ESTRÓBILO.— ¿Por qué?

ESTÁFILA.— Pues porque no veo vino por ninguna parte.

ESTRÓBILO.— Pero se traerá cuando venga el amo del mercado.

ESTÁFILA.— Aquí nosotros no tenemos ni gota de leña.

CONGRIÓN.— ¿Tienen vigas?

ESTÁFILA.— ¡Sí que tenemos, demonio!

CONGRIÓN.— Pues entonces hay también leña, no hace falta ir afuera a buscarla.

ESTÁFILA.— Qué, tú, tío asqueroso, por mucho que estés al servicio del puro dios del fuego, ¿vas a querer que por culpa de la cena o por llevarte tu salario prendamos fuego a nuestra casa?

CONGRIÓN.—No, no, no he dicho nada.

ESTRÓBILO.— Vamos, llévalos adentro.

ESTÁFILA.— ¡Vengan conmigo!

ESCENA SÉPTIMA

PITÓDICO

PITÓDICO.— ¡Vamos! Yo entretanto voy a ver qué hacen los cocineros, que bien sabe Dios que es la única ocupación que tengo hoy, el vigilarlos. Como no sea que haga una cosa: que preparen la cena dentro de la cisterna; luego cuando esté, la subimos en cestos. Y para el caso de que se coman abajo lo que guisen, se quedan los de arriba en ayunas y los de abajo desayunados. ¡Pero estoy aquí charlando como si no tuviera nada que hacer, con toda la casa llena de codiciosos! *(Se va)*.

ESCENA OCTAVA

EUCLIÓN Y CONGRIÓN

EUCLIÓN.— Quise darme un empujoncillo hoy al fin para regalarme un poco por las bodas de mi hija. Voy al mercado, pregunto por el pescado: está caro; caro el borrego, cara la vaca, la ternera, el atún, el cerdo: todo caro; caro sobre todo, por falta de dinero, así que me marcho de mal humor, porque no puedo comprar nada; con tres palmos de narices les he dejado a todos esos sinvergüenzas. Después, me pongo yo a pensar por el camino: si echas la casa por la ventana en un día de fiesta, tienes que privarte los demás días, a no ser que hayas andado con cuenta.

Después que le expuse este razonamiento a mi discernimiento y a mi estómago, quedamos al fin de acuerdo en lo que desde el principio había sido mi propósito, o sea, casar a mi hija con el menor gasto posible; entonces he comprado este poquillo de incienso

y estas coronas de flores, que le pondré a nuestro lar en el hogar, para que haga feliz a mi hija en su matrimonio. Pero ¿mi casa abierta? Y dentro, ¡qué lío! Desgraciado de mí; me están robando.

CONGRIÓN.— *(Desde adentro)*. Ve a pedirle a algún vecino una olla más grande que esta, si es posible; esta es pequeña, aquí no coge.

EUCLIÓN.— ¡Ay de mí, estoy perdido, Dios mío! Se me roba el oro, se busca una olla. Muerto soy si no me doy prisa a entrar en casa. Apolo, yo te suplico, ven en mi socorro, ayúdame, atraviesa con tus saetas a esos ladrones de mi tesoro, tú, que has prestado ya ayuda a otros en iguales circunstancias. Pero voy allá corriendo, antes de que sea demasiado tarde. *(Entra en casa)*.

ESCENA NOVENA

ÁNTRAX

ÁNTRAX.— *(Saliendo de casa de Megadoro y hablando con los otros cocineros adentro)*. Dromón, escama el pescado. Tú, Maquerión, deshuesa el congrio y la murena, lo más rápido que puedas, yo voy a la casa de al lado a pedirle a Congrión un molde para pan. Tú, si tienes cabeza, me vas a dejar este gallo más liso que un saltarín bien afeitado. Pero ¿qué son esos gritos que salen de la casa de al lado? Seguro es que los cocineros están haciendo de las suyas. Me voy adentro, no sea que se vaya a armar aquí también el mismo lío.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

CONGRIÓN

CONGRIÓN.— *(Saliendo de casa de Euclión)*. ¡Eh, ciudadanos, compatriotas, habitantes y vecinos de la ciudad, forasteros todos, denme paso que huya, dejen libres y vacías todas las calles! Nunca jamás hasta hoy había venido a cocinar a una bacanal entre bacantes, desgraciado de mí, que nos han molido a golpes, a mí y a mis compañeros. Estoy todo dolorido, muerto, tal es la forma en que se ha ensañado conmigo el viejo. ¡Uy, Dios mío, estoy perdido, pobre de mí, se abre la puerta, ya viene, me persigue! Verás, ya sé lo que tengo que hacer, él mismo ha sido mi maestro y me lo ha enseñado. En mi vida he visto repartir leña más bonitamente, tan cargados de palos nos ha echado a todos afuera, a mí y a estos.

ESCENA SEGUNDA

EUCLIÓN, CONGRIÓN

EUCLIÓN.— Ven para acá, ¿a dónde vas? ¡Sujétenle, sujétenle!

CONGRIÓN.— ¿A qué vienen esos gritos, loco?

EUCLIÓN.— Vienen a que voy a dar cuenta de ti a la policía.

CONGRIÓN.— ¿Pero por qué?

EUCLIÓN.— Porque tienes un cuchillo.

CONGRIÓN.— Como debe un cocinero.

EUCLIÓN.— Y ¿por qué me has amenazado?

CONGRIÓN.— En lo que he hecho mal es no haberte atravesado el costado.

EUCLIÓN.— No hay en todo el mundo otro sinvergüenza igual ni nadie a quien con más gusto le haría daño a propósito.

CONGRIÓN.— ¡Ja!, aunque no dijeras nada, bien clara está la cosa, los hechos cantan, que me has puesto más blando que unos zorros a fuerza de palos. ¿Pero qué tienes tú que ponerme la mano encima, tío pordiosero?

EUCLIÓN.— ¿Cómo? ¿Encima lo preguntas? ¿Quizá porque todavía me he quedado corto?

CONGRIÓN.— Deja, que te va a costar caro, si es que puedo dar señales de mí.

EUCLIÓN.— No me interesa el día de mañana; por lo pronto bien claras que están las señales que llevas en la cabeza. Pero ¿qué es lo que tenías tú que hacer en mi casa durante mi ausencia, sin mi autorización? Eso es lo que quiero saber.

CONGRIÓN.— ¡Calla entonces! Hemos venido a guisar para la boda.

EUCLIÓN.— Maldición, ¿qué tienes tú que meterte en si yo como crudo o guisado, o es que eres acaso mi tutor?

CONGRIÓN.— Yo quiero saber si nos dejas o no nos dejas que preparemos aquí la cena.

EUCLIÓN.— Y yo quiero saber si van a quedar o no van a quedar a salvo mis cosas en mi casa.

CONGRIÓN.— ¡Ojalá me pueda llevar a salvo las cosas mías que traje! A mí no me falta de nada, no creas que voy a querer nada tuyo.

EUCLIÓN.— Lo sé, no hace falta que me des lecciones; me lo tengo bien sabido.

CONGRIÓN.— ¿Cuál es entonces el motivo por el que nos impides preparar aquí la cena? ¿Qué es lo que hemos hecho, qué es lo que hemos dicho en contra de tus deseos?

EUCLIÓN.— ¿Todavía me preguntas, malvado, después que estás andando libremente de acá para allá por todos los rincones de mi casa y de sus habitaciones?

Si hubieras estado allí donde estaba tu oficio, en la cocina, no llevarías la cabeza partida en dos: bien merecido te lo tienes. Y ahora, para que lo sepas, como llegues a acercarte un tanto así aquí a la puerta sin mi autorización, voy a hacer de ti el más desgraciado de los mortales, ya lo sabes.

CONGRIÓN.— ¿A dónde vas? ¡Vuelve acá! Así me proteja la divinidad de los ladrones en persona, que si no das orden de que se me devuelvan mis cacharros, te voy a armar un gran escándalo aquí delante de tu casa. Y ahora, ¿qué hago? Anda que no he venido aquí con mala suerte. Me han contratado por una moneda, pero ya es más que mi salario lo que me hace falta para el médico.

ESCENA TERCERA

EUCLIÓN Y CONGRIÓN

EUCLIÓN.— *(Sale de su casa con la olla)*. Ni un instante soltaré esto, donde quiera que vaya, te lo juro. Ni hablar de consentir dejarlo aquí en medio de tan grandes peligros. *(A los cocineros)*. Vamos, entren ya todos en buena hora, cocineros y flautistas, carga también adentro, si te parece bien, con un ejército de esclavos, vamos, a guisar, a hacer y a trajinar ya lo que les dé la gana.

CONGRIÓN.— A buena hora, después de que me has llenado la cabeza de rachas a fuerza de palos.

EUCLIÓN.— Anda, adentro: se le ha contratado para trabajar, no para echar discursos.

CONGRIÓN.— Eh, tú, abuelo, entonces te voy a exigir también una paga por los golpes que me has dado, ¡caray!, yo he sido contratado para guisar y no para recibir palos.

EUCLIÓN.— Llévame si quieres a los tribunales, no te pongas insoportable. Anda, vete ya a preparar la cena o lárgate de una vez a la horca.

CONGRIÓN.— Lo mismo digo.

ESCENA CUARTA

EUCLIÓN

EUCLIÓN.— Por fin se fue. Santo Dios, qué atrevimiento de parte de una persona pobre el entrar en tratos con un rico. Mira si no el dichoso Megadoro, que no sabe cómo convencerme, pobre de mí, y va y dice que por mí envía a los cocineros y en realidad para lo que los ha mandado es para que me la robaran. *(Señalando a la olla)*. Luego, por si era poco todavía, el gallo ese de la vieja me ha acabado de dar la puntilla ahí dentro, pues no que empieza a escarbar justo donde estaba escondida. En resumen, me puso tan exacerbado, que cojo un palo y lo dejo tieso, por ladrón, cogido además *in flagranti*. ¡Qué diablos!, estoy seguro que los cocineros le habían prometido una prima, si descubría el tesoro. Pero yo les he quitado el arma de las manos. En resumen, el gallo es el que ha hecho los gastos del combate. Pero ahí veo a mi compadre Megadoro, que vuelve de la plaza. No me atrevo a pasar de largo sin pararme con él y hablarle.

ESCENA QUINTA

MEGADORO Y EUCLIÓN

MEGADORO.— Les he estado contando a muchos de mis amigos mi proyecto de matrimonio: todos alaban a la hija de Euclión. Dicen que está muy bien hecho y que es una decisión acertada. Porque desde luego, en mi opinión, si los demás hicieran lo mismo, o sea, casarse los ricos con las hijas de los pobres sin recibir dote, habría muchas menos distancias entre los ciudadanos y no estaríamos los ricos tan expuestos como lo estamos a la envidia de los demás. Ellas tendrían un poco más de miedo al castigo de lo que lo tienen y nosotros menos gastos de los que tenemos. Desde luego esa sería una solución que redundaría en beneficio de la mayor parte de la población. Hay algunos ambiciosos que me llevan la contraria, gentes a las que no hay ni ley ni zapatero capaz de tomar medida a su ambición y a sus insaciables deseos.

Bueno, y en el caso de que vaya alguien y pregunte ¿y con quién se van a casar entonces las ricas, si se da esa ley para las pobres? Mira, que se casen con quien les dé la gana, con tal de que no aporten una dote. Si así fuera, tendrían más cuenta con llevar como dote más virtudes de las que ahora llevan al matrimonio. Verías tú cómo entonces los mulos, que en la actualidad superan en precio a los caballos, se ponían más baratos que los jamelgos galos.

EUCLIÓN.— Por Dios que le estoy escuchando con gusto, se ha explayado de maravilla en favor del ahorro.

MEGADORO.— Ninguna podría decir entonces: «mira que te he traído una dote mucho mayor que el dinero que tú tenías, o sea, que es justo que se me proporcione oro y púrpura, esclavas, mulos, muleros, servidores, mensajeros, carrozas para pasearme».

EUCLIÓN.— ¡Qué bien se sabe este las costumbres de las señoras! Estaría bien de prefecto para asuntos femeninos.

MEGADORO.— Hoy en día, a donde quiera que vayas, ves más carruajes en las casas de la ciudad que

en el campo, cuando vas a la finca. Pero todo esto es cosa de nada en comparación con cuando empiezan a pasarte las cuentas: se presenta el de la limpieza de los vestidos, el bordador de oro, el joyero, el tejedor de lana, comerciantes de cenefas, camiseros, tintoreros de rojo, de violeta, de nogal, o los sastres de las túnicas de manga larga, o los perfumeros, los revendedores de lencería de lino y de zapatos; los zapateros de zapatos finos, los de sandalias se presentan, se presentan los fabricantes de tejidos de malva; traen sus cuentas los de la limpieza de vestidos, los que los remiendan traen sus cuentas, se presentan los corseteros y junto con ellos los fabricantes de cinturones. Te piensas que has terminado ya con todos estos: se van y vienen entonces cientos de ellos, en los atrios están con la bolsa en la mano los fabricantes de cenefas, los de cofres para joyas. Entran, se les paga. Te piensas que has acabado con ellos, cuando aparecen los tintoreros de azafrán o si no, el malasangre que sea, que viene y quiere algo.

EUCLIÓN.— Me gustaría abordarle, si no temiera que dejase de enumerar las mañas de las mujeres. Es mejor dejarle por lo pronto.

MEGADORO.— Cuando has terminado con todos estos mercaderes de bagatelas, al final, para colmo se presenta un soldado y pide su impuesto; vas y echas las cuentas con tu banquero; el soldado allí esperando con el estómago vacío y diciendo que quiere cobrar: cuando has terminado las cuentas con el banquero, resulta que tienes deudas con él, o sea, que hay que decirle al soldado que vuelva al día siguiente. Todo esto y mucho más es lo que traen consigo las dotes fuertes en cuanto a inconvenientes y gastos intolerables. Total, que la mujer sin dote, esa está en manos del marido, y las dotadas lo único que aportan al matrimonio es la ruina y la desgracia de sus esposos. Pero mira, ahí está mi pariente a la puerta de su casa. ¿Qué hay, Euclión?

ESCENA SEXTA

EUCLIÓN Y MEGADORO

EUCLIÓN.— Sí que no me he tragado con gusto tus razonamientos.

MEGADORO.— Ah, pero ¿lo has oído?

EUCLIÓN.— Desde el principio de manera detallada.

MEGADORO.— De todos modos, me parece que no harías mal en ponerte un poco más elegante para las bodas de tu hija.

EUCLIÓN.— El saber acomodar la elegancia a lo que se tiene y el afán de representar a la propia fortuna, es dar prueba de no haberse olvidado de la propia proveniencia. De verdad, Megadoro, ni a mí ni a otra persona pobre le trae ventaja alguna en cuanto a sus asuntos económicos el qué dirán.

MEGADORO.— Pero bueno, tú tienes lo suficiente y Dios así lo quiera y te aumente cada vez más lo que ahora tienes.

EUCLIÓN.— *(Aparte)*. Eso de «lo que ahora tienes» no me hace gracia. Este sabe lo que tengo lo mismo que yo. La vieja lo ha dicho todo.

MEGADORO.— ¿Por qué andas hablando aparte?

EUCLIÓN.— ¡Caray!, estaba pensando, y con razón, cómo podría culparte.

MEGADORO.— Pero ¿qué es lo que pasa?

EUCLIÓN.— ¿Que qué pasa, dices? Después que me has llenado de ladrones todos los rincones de mi casa, desgraciado de mí, y me has metido dentro mil cocineros cada uno con seis manos como si fueran hijos de Gerión. Ni Argos siquiera, que no era más que ojos, que le encargó Juno custodiar a Ío, ni Argos sería capaz de vigilarlos, y además una flautista, capaz de beber sola, si manara vino, la mismísima fuente Pirene de Corinto; luego, la compra.

MEGADORO.— Caray, la compra bastaría para un regimiento, he mandado hasta un cordero.

EUCLIÓN.— Sí, un cordero, que seguro estoy que no hay bicho más curioso que este.

MEGADORO.— Me gustaría realmente saber qué tiene que ver un cordero con la curiosidad ni con la curia.

EUCLIÓN.— Pues es que no es más que hueso y pellejo, tal está comido de curiosear; bueno, es que vivo y todo, si le pones al sol, nada, que se le ven las entrañas, es más transparente que una farola púnica.

MEGADORO.— Pero si yo he pagado uno que estaba a punto para matar.

EUCLIÓN.— Entonces más vale que le pagues también el entierro, porque muerto lo está ya, según creo.

MEGADORO.— Bien, Euclión, tenemos que echar unas copas juntos.

EUCLIÓN.— Te juro que yo, desde luego, de beber, nada.

MEGADORO.— Que sí, hombre, que voy a mandar traer una garrafa de vino viejo de mi casa.

EUCLIÓN.— ¡Que no!, que no quiero, yo no bebo más que agua.

MEGADORO.— Ya verás la borrachera que te voy a hacer coger hoy, a ti que dices que no vas a beber más que agua.

EUCLIÓN.— *(Aparte)*. Yo me sé lo que pretende este. Eso no es más que un pretexto para dejarme fuera de combate con el vino, y así, cambie después de domicilio esto que llevo aquí. *(Señalando a la olla)*. Pero ya tomaré yo mis medidas, porque voy a cogerla y a esconderla donde sea, fuera, y no va a conseguir más que perder el tiempo y el vino al mismo tiempo.

MEGADORO.— Yo, Euclión, si no quieres nada más, me voy al baño, para prepararme para el oficio religioso. *(Se va)*.

EUCLIÓN.— Por Dios, olla de mis entrañas, qué de enemigos tienes, tú y el oro que se te ha confiado. Ahora lo mejor es, olla querida, que te lleve fuera de casa, al

templo de la Fidelidad. Allí te dejaré bien escondida, santa Fidelidad, tú me conoces a mí lo mismo que yo a ti. No vayas, te suplico, a cambiar tu nombre, si te entrego mi tesoro. A ti dirijo mis pasos, confiado en la fidelidad que llevas por nombre. *(Se dirige al templo)*.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

ESCLAVO DE LICÓNIDES

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— He aquí una acción digna de un buen esclavo, el hacer lo que yo traigo entre manos, ejecutar las órdenes del amo sin demora y con buena voluntad. Porque el esclavo que quiere servir a su señor, según los deseos de este, debe poner mano primero a las cosas de su señor y después a las suyas propias. Si duerme, debe dormir de manera que no olvide su condición de esclavo. Pues quien sirve a un amo enamorado, como es mi caso, si ve que el amor es más fuerte que su amo, yo pienso que es el deber del esclavo el contenerle para que no se pierda, pero no empujarle a donde le lleva su pasión. Así como a los niños, cuando están aprendiendo a nadar, se les pone un flotador para que no tengan que esforzarse tanto y naden y muevan las manos más fácilmente, igual pienso yo que el siervo

debe de ser como un salvavidas para su amo enamorado, para que se sostenga y no se vaya al fondo como una sonda de plomo. El siervo debe adivinar las órdenes de su amo, de modo que sus ojos sepan leer la expresión de su rostro, debe apresurarse a ejecutar sus órdenes con más velocidad que una veloz cuadriga. Quien tenga estos preceptos en cuenta, se verá libre del castigo del látigo y no dará ocasión a sacar brillo a las cadenas de sus pies. El caso es que mi amo está enamorado de la hija de Euclión, el viejo ese pobre que vive ahí, pero según ha sabido, la muchacha ha sido prometida aquí a Megadoro, su tío. Por eso me ha mandado a espiar, para que le tenga al corriente de lo que pasa. Así que ahora, sin que nadie tenga nada que sospechar, me voy a sentar aquí en este altar, para poder observar lo que sucede de esta parte y de la otra.

ESCENA SEGUNDA

EUCLIÓN Y ESCLAVO DE LICÓNIDES

EUCLIÓN.— Santa Fidelidad, yo te suplico, no descubras a nadie el escondrijo de mi oro. No es que tenga miedo de que lo encuentre, que lo he dejado bien escondido. ¡Dios mío, bonita presa iba a hacer el que se encontrara la olla llena de oro! No lo permitas, santa Fidelidad, yo te suplico. Ahora me voy al baño, para luego hacer el servicio religioso y no hacer esperar a mi yerno; de modo que, cuando venga, lleve a mi hija enseguida a su hogar. Santa Fidelidad, mira, una y otra vez te lo pido, que me lleve la olla salva de tu templo; a tu fidelidad he confiado el oro, en tu bosque sagrado y en tu templo lo he depositado.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Santo Dios, ¿qué es lo que dice este hombre?, ¿que ha escondido aquí en el templo de la Fidelidad una olla llena de oro? Santa Fidelidad, escucha mi súplica y no le seas más fiel a él que

a mí. Pero me parece que este es el padre de la muchacha que quiere mi amo. Voy a entrar y a registrar el templo, a ver si encuentro dónde sea el oro, mientras que el otro está ocupado. Pero si lo encuentro, ¡oh, santa Fidelidad!, prometo ofrecerte una jarra de vino con miel de más de tres litros de cabida; primero te la ofrezco a ti y cuando haya hecho eso, la beberé yo mismo.

ESCENA TERCERA

EUCLIÓN

EUCLIÓN.— *(Volviendo)*. Por algo es que me grazna el cuervo aquí a la mano izquierda; y es que además estaba al mismo tiempo graznando y escarbando la tierra con las patas. Al momento se me ha puesto el corazón a saltar y a danzar en el pecho. ¡Venga, venga, deprisa y a la carrera! *(Va hacia el templo)*.

ESCENA CUARTA

EUCLIÓN Y ESCLAVO DE LICÓNIDES

EUCLIÓN.— *(Saliendo del templo tirando del esclavo)*. Fuera de aquí, lombriz de caño sucio, conque acabas ahora mismo de salir de la tierra, hace nada ni rastro había de ti, pues ahora que estás ahí, verás, vas a acabar tus días, tú, malabarista, te las vas a tener que ver conmigo, pero que de muy mala manera.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Pero ¿a qué viene esa furia, qué tengo yo que ver contigo, abuelo, por qué me zarandeas, por qué me arrastras, por qué me golpeas?

EUCLIÓN.— Tú, cosechero de palos, ¿todavía me lo preguntas, ladrón, más que ladrón?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Pero ¿qué es lo que te he robado?

EUCLIÓN.— ¡Venga, devuélvemelo!

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Pero ¿qué te voy a devolver?

EUCLIÓN.— ¿Encima me lo preguntas?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Yo no te he quitado nada a ti.

EUCLIÓN.— Pero sí me has quitado algo, ¡dámelo, vamos!

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¿Cómo?

EUCLIÓN.— No puedes quitármelo.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Pero ¿qué es lo que quieres?

EUCLIÓN.— Dame.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Desde luego que me creo yo que estás acostumbrado a que te las den, abuelo.

EUCLIÓN.— Dame, vamos, déjate de tonterías, no estoy yo ahora para bromas.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Pero ¿qué te voy a dar? ¿Por qué no llamas a lo que sea por su nombre? ¡Maldición!, yo no he cogido ni tocado nada.

EUCLIÓN.— Enséñame las manos.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Aquí las tienes, te las enseño, míralas.

EUCLIÓN.— Bien, vamos, enséñame la tercera.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Este viejo está endemoniado y mal de la cabeza. ¿No ves que me estás tratando injustamente?

EUCLIÓN.— Desde luego que sí, pero solo por no haberte colgado ya, pero bien sabe Dios que te colgaré si no confiesas.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Pero ¿qué voy a confesar?

EUCLIÓN.— ¿Qué es lo que te has llevado de aquí?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Los dioses me confundan, si te he quitado algo tuyo *(aparte)* y si no es que quería quitártelo.

EUCLIÓN.— Vamos, sacude la capilla esa.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Como quieras.

EUCLIÓN.— No sea que lo tengas entre los vestidos.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Tienta tú mismo por donde te dé la gana.

EUCLIÓN.— ¡Ah!, mira qué amable se pone ahora el muy sinvergüenza para que piense que no se ha llevado nada. Yo me sé esos trucos. Venga enséñame otra vez la mano derecha.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Aquí la tienes.

EUCLIÓN.— Ahora enséñame la izquierda.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Toma, las dos al mismo tiempo.

EUCLIÓN.— Basta de registros. Devuélvemelo.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¿El qué te voy a devolver?

EUCLIÓN.— Ah, te estás burlando, tú lo tienes.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¿Que lo tengo? ¿El qué tengo?

EUCLIÓN.— No quiero decirlo, no estás más que deseando oírlo; lo mío, sea lo que sea, que lo tienes tú, devuélvemelo.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¡Estás mal de la cabeza! Me has registrado como te ha dado la gana y no me has encontrado nada tuyo. *(Hace ademán de irse)*.

EUCLIÓN.— Espera, espera, ¿quién es aquel?, ¿quién era el otro que estaba ahí adentro contigo? ¡Dios mío, estoy perdido! El otro está ahí adentro haciendo de las suyas; si dejo a este, se me escapa. A fin de cuentas, a este ya le he registrado de punta a cabo, este no tiene nada. Vete donde te dé la gana.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Mal rayo te parta.

EUCLIÓN.— Bonita manera de dar las gracias. Ahora voy ahí a cortarle el pescuezo a tu cómplice. ¿Te largas ya de mi presencia? ¿Acabas o no acabas de irte? Mucho cuidado con volver a aparecer ante mi vista. *(Entra en el templo)*.

ESCENA QUINTA

ESCLAVO DE LICÓNIDES

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Morirme de la peor de las muertes prefería antes que no dársela hoy al viejo. Ahora ya no se atreverá a esconder el oro ahí, seguro que lo saca y lo cambia de lugar. ¡Ajajá!, suena la puerta: ¡el viejo, que saca el oro fuera! Voy a retirarme aquí un poco junto a la puerta.

ESCENA SEXTA

EUCLIÓN Y ESCLAVO DE LICÓNIDES

EUCLIÓN.— Anda, que tenía yo una opinión bien distinta de la confianza que merecía la diosa de la Fidelidad, pero sí, a punto ha estado de burlarse de mí en mis propias barbas; de no ser por el cuervo, perdido hubiera estado, pobre de mí. No, que no me gustaría poco ver otra vez al cuervo que me dio el aviso, para decirle algunas palabras de reconocimiento, porque algo de comer, lo mismo sería darlo que perderlo. Ahora estoy pensando en un sitio solitario para esconder esto. Fuera de la muralla está el bosque de Silvano, que queda apartado del camino y está muy cerrado con sauces; allí buscaré un sitio. Desde luego, mejor se lo confío a Silvano y no a la Fidelidad.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¡Muy bien!, los dioses están de mi parte, voy a adelantarme al viejo, me subo a un árbol y desde allí observaré dónde esconde el oro.

Aunque, ahora que lo pienso, el amo me había mandado esperarle aquí; es igual, prefiero el dinero, aunque sea a costa de palos.

ESCENA SÉPTIMA

LICÓNIDES, EUNOMIA Y FEDRIA

LICÓNIDES.— Esto es todo, madre, ya estás tú también al tanto de toda la historia con la hija de Euclión. Ahora, madre, te ruego y te suplico otra vez lo mismo que antes; háblale al tío, madre, por favor.

EUNOMIA.— Bien sabes tú que mi único deseo es cumplir los tuyos; yo confío que tendré éxito con mi hermano. El motivo es además justificado, si es verdad lo que dices, que agraviaste a la muchacha cuando estabas bebido.

LICÓNIDES.— ¿Voy yo a decirte a ti una mentira, madre?

FEDRIA.— *(Desde dentro)*. ¡Ay, aya, por favor, me muero, me vienen los dolores, Juno Lucina, ayúdame!

LICÓNIDES.— ¡Mira, madre, hechos y no palabras, grita, le viene el parto!

EUNOMIA.— Ven conmigo, hijo, a mi hermano, que consiga de él lo que me pides.

LICÓNIDES.— Ve, madre, yo te sigo. Pero ¿dónde puede estar mi esclavo? Le había dicho que me esperara aquí. Aunque ahora que lo pienso, si es que está ocupado en mi servicio, no es justo que me enfade con él. Voy adentro, donde se están celebrando los comicios sobre mi vida.

ESCENA OCTAVA

ESCLAVO DE LICÓNIDES

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— *(Entra con la olla en las manos)*. En el mundo entero no hay fuera de mí nadie que supere en riquezas a los grifos, habitantes de montes de oro. Los reyes corrientes no merecen ni nombrarlos, mendigos son en comparación mía: ¡el rey Filipo en persona soy! ¡Qué día tan fantástico! Cuando me fui hace un momento, llegué allí mucho antes que el viejo y me puse a esperar subido en un árbol. Desde allí podía observar dónde escondía el oro. De que se va, me bajo y saco de la tierra la olla llena de oro. Entonces veo al viejo que vuelve, pero él no me ve a mí, que me había desviado un poco del camino. Eh, eh, ahí está. Me voy a esconderlo en casa.

ESCENA NOVENA

EUCLIÓN Y LICÓNIDES

EUCLIÓN.— Estoy perdido, destrozado, muerto. ¿En qué dirección echaré a correr, en cuál no echaré a correr? ¡Al ladrón, al ladrón! ¿A cuál, quién? No lo sé, tengo nublada la vista, voy andando a ciegas y no puedo percibir ni a dónde voy ni dónde estoy ni quién soy. *(Al público)*. Por favor, auxílienme, se los pido y suplico, y díganme quién me lo ha quitado. ¿Qué dices tú? A ti te daré crédito, que tienes cara de buena persona. ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes? Los conozco a todos, sé que hay aquí muchos ladrones, disimulados con el blanco de sus vestiduras y que están aquí sentados como si fueran personas decentes. ¿Qué? ¿No lo tiene ninguno de estos? ¡Me has matado! Dime entonces, ¿quién lo tiene? ¿No lo sabes?

¡Ay desgraciado de mí, qué desgracia me ha caído! Mala es mi perdición y peores mis provisiones, gemidos,

males, tan grande tristeza me trajo este día, hambre y pobreza. Soy el más desgraciado de toda la tierra. ¿Para qué quiero ya vivir, si tanto oro perdí, guardado con cuidados sin fin? Yo mismo de tantas satisfacciones me privé, otros por mi ruina y mi mal del oro van ahora a disfrutar. ¿Cómo lo podré soportar?

LICÓNIDES.— ¿Quién se queja aquí delante de nuestra casa con tan tristes lamentos? ¡Pero si es Euclión! Ahora sí que estoy del todo perdido, seguro que sabe que su hija ha dado ya a luz. Ahora no sé, si irme o quedarme, si acercarme a hablarle o salir huyendo. ¿Qué hago? Por Dios, no lo sé.

ESCENA DÉCIMA

EUCLIÓN Y LICÓNIDES

EUCLIÓN.— ¿Quién habla ahí?

LICÓNIDES.— Yo, un desgraciado.

EUCLIÓN.— Yo sí que lo soy, un hombre perdido, tan grandes son los males y las tristezas que me acosan.

LICÓNIDES.— No te pongas así.

EUCLIÓN.— ¿Cómo no voy a ponerme así, por favor?

LICÓNIDES.— Porque yo soy quien ha cometido la acción que te inquieta, lo confieso.

EUCLIÓN.— ¿Pero qué es lo que dices?

LICÓNIDES.— La pura verdad.

EUCLIÓN.— Pero, joven, ¿qué motivos te he dado yo para que hicieras una cosa semejante, acarreándome la perdición mía y de mis hijos?

LICÓNIDES.— Un dios me empujó, él fue quien me sedujo hacia ella.

EUCLIÓN.— ¿Cómo?

LICÓNIDES.— Confieso que he cometido una falta y que soy culpable; por eso vengo a rogarte, que te dignes concederme tu perdón.

EUCLIÓN.— Pero ¿cómo te has atrevido a hacer una cosa así, tocar lo que no era tuyo?

LICÓNIDES.— ¿Qué quieres que le hagamos? Ya está hecho, y lo hecho hecho está; los dioses lo han querido, digo yo, porque de no ser así, seguro estoy que no hubiera sucedido.

EUCLIÓN.— Y yo digo que los dioses han querido que te ponga en mi casa en el potro y te mande al otro barrio.

LICÓNIDES.— Por Dios, no digas una cosa así.

EUCLIÓN.— ¿Qué tenías tú que tocar lo que era mío sin mi consentimiento?

LICÓNIDES.— Es que lo hice por culpa del vino y de la pasión.

EUCLIÓN.— Descarado, ¿te atreves a venirme con esas explicaciones, sinvergüenza? Pues si fuera una cosa permitida el poder disculparse en esa forma, en pleno día, les arrebataríamos las joyas a las señoras a todas vistas y luego, si nos echaban mano, nos disculparíamos diciendo que estábamos borrachos y enamorados. Una cosa bien barata es el amor y el vino si al borracho y al enamorado les es lícito hacer impunemente lo que les venga en gana.

LICÓNIDES.— Pero yo vengo por mi voluntad a suplicarte que me perdones mi locura.

EUCLIÓN.— No me hace a mí gracia la gente que viene con excusas después de haber obrado mal. Tú sabías que no era tuya, no debías haberla tocado.

LICÓNIDES.— Pues porque me he atrevido a tocarla, no pongo inconvenientes en que sea yo precisamente el que me quede con ella.

EUCLIÓN.— ¿Tú te vas a quedar con ella siendo mía en contra de mi voluntad?

LICÓNIDES.— Yo no la exijo en contra de tu voluntad, pero juzgo que me pertenece, es más, tú mismo, Euclión, tendrás que reconocer, digo, que debe ser mía.

EUCLIÓN.— Como no me devuelvas...

LICÓNIDES.— ¿Qué es lo que te voy a devolver?

EUCLIÓN.— Lo que es mío y me has quitado, ¡maldición!, te voy a llevar al juez y te voy a hacer un proceso.

LICÓNIDES.— ¿Que yo te quito lo tuyo? ¿De dónde? ¿O de qué se trata?

EUCLIÓN.— *(Irónicamente)*. ¡Que Dios te bendiga tal y como es verdad que no lo sabes!

LICÓNIDES.— Como no sea que tú me digas qué es lo que echas de menos.

EUCLIÓN.— La olla de oro, digo, te reclamo, que me has confesado tú mismo que me la has quitado.

LICÓNIDES.— Por Dios, ni lo he dicho ni mucho menos lo he hecho.

EUCLIÓN.— ¿Lo niegas?

LICÓNIDES.— Una y mil veces, porque ni sé ni tengo la menor idea de qué oro ni de qué olla se trata.

EUCLIÓN.— La olla que me has robado del bosque de Silvano, venga, vamos, devuélvemela, yo la reparto contigo, aunque seas un ladrón, no te voy a molestar, vamos, devuélvemela.

LICÓNIDES.— Tú no estás en tu juicio, llamarme a mí ladrón. Yo, Euclión, creía que tú habías tenido noticia de otra cosa que me atañe; es algo de mucha importancia sobre lo que quisiera hablar contigo en calma, si es que tienes tiempo.

EUCLIÓN.— Dime entonces bajo palabra de honor: ¿no me has robado tú el oro?

LICÓNIDES.— Palabra de honor que no.

EUCLIÓN.— ¿Ni sabes tampoco quién me lo ha quitado?

LICÓNIDES.— Palabra.

EUCLIÓN.— ¿Y me lo dirás, si sabes quién ha sido?

LICÓNIDES.— Lo prometo.

EUCLIÓN.— ¿Y no cogerás para ti parte alguna de aquel que la tiene ni darás acogida al ladrón?

LICÓNIDES.— Así es.

EUCLIÓN.— Y ¿si mientes?

LICÓNIDES.— Entonces, que el soberano Júpiter haga de mí lo que le venga en gana.

EUCLIÓN.— Eso me basta. Venga, di ahora qué quieres.

LICÓNIDES.— Por si acaso no conoces a mi familia: Megadoro, tu vecino, es mi tío; mi padre era Antímaco; yo soy Licónides; mi madre es Eunomia.

EUCLIÓN.— Claro que conozco a tu familia. ¿Qué es lo que quieres? Eso es lo que deseo saber.

LICÓNIDES.— Tú tienes una hija.

EUCLIÓN.— Sí, ahí en mi casa.

LICÓNIDES.— Según yo sé, se la has prometido a mi tío.

EUCLIÓN.— Estás al tanto de todo.

LICÓNIDES.— Mi tío me ha encargado comunicarte que renuncia al matrimonio.

EUCLIÓN.— ¿Qué renuncia, después de estar todo dispuesto y hechos los preparativos para la boda? ¡Los dioses todos de la corte celestial le maldigan, que por su culpa he perdido yo hoy por mi mala suerte tal cantidad de oro, desgraciado de mí!

LICÓNIDES.— Anímate, Euclión, no digas cosas de mal agüero. Ahora, lo cual sea para bien tuyo y de tu hija, di «Dios lo haga».

EUCLIÓN.— Dios lo haga.

LICÓNIDES.— Lo mismo digo en mi favor. Escucha ahora: nadie que ha cometido una falta tiene luego la vileza de no avergonzarse y no querer disculparse. Ahora yo te conjuro, Euclión, a que si yo, por atolondramiento, le he faltado a ti o a tu hija, me perdones y me la des por legítima esposa. Yo confieso que he hecho violencia a tu hija, durante la vigilia de Ceres, por culpa del vino y de la pasión juvenil.

EUCLIÓN.— ¡Ay de mí!, ¿qué fechoría oigo de ti?

LICÓNIDES.— ¿A qué esos lamentos, si te he hecho abuelo para las bodas de tu hija? Porque ha dado a luz, nueve meses después, echa la cuenta; por eso ha presentado mi tío la renuncia al matrimonio en favor mío; entra en casa, infórmate de si es así como digo.

EUCLIÓN.— Estoy del todo perdido, una desgracia llama a la otra; voy adentro para enterarme de cuál es la verdad de todo esto.

LICÓNIDES.— Yo te sigo ahora mismo. Ya parece que vamos llegando a buen puerto. Pero ¿por dónde andará mi esclavo? Le esperaré aquí un poco y después me acercaré a casa de Euclión. Entretanto le daré tiempo para informarse de todo por la vieja, el aya y sirvienta de su hija; ella está al tanto de todo.

ACTO V

ESCLAVO DE LICÓNIDES Y LICÓNIDES

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Dioses inmortales, ¡qué felicidad tan sin límite me han concedido! Tengo en mi posesión una olla de cuatro libras de oro. ¿Quién más rico que yo? ¿Qué otro hay en Atenas a quien los dioses le sean más propicios?

LICÓNIDES.— Me parece haber oído hablar a alguien por aquí.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Eh, ¿no es mi amo a quien diviso?

LICÓNIDES.— ¿No es ese mi esclavo?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Él es en persona.

LICÓNIDES.— Él es, desde luego.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Me acercaré a él.

LICÓNIDES.— Voy a su encuentro; seguro que, como le ordené, se habrá puesto en contacto con la vieja, el aya de la muchacha.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¿Por qué no voy y le digo el botín que he encontrado? Luego le pediré que me conceda la libertad. Voy a hablarle: he encontrado...

LICÓNIDES.— A ver, ¿qué has encontrado?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— No lo que los chiquillos gritan que han encontrado en las habas.

LICÓNIDES.— ¿Ya estamos como siempre, con tus bromas?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Amo, espera, ahora te lo explico.

LICÓNIDES.— Venga pues, habla.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Amo, he encontrado unas riquezas inmensas.

LICÓNIDES.— ¿Dónde, pues?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Una olla, digo, de cuatro libras de oro.

LICÓNIDES.— ¿Qué es lo que oigo?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Se la he quitado a Euclión, el viejo ese de ahí.

LICÓNIDES.— ¿Dónde está ese oro?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— En un arca, en mi cuarto. Ahora quería pedirte que me dieras la libertad.

LICÓNIDES.— ¿La libertad te voy a dar yo, cúmulo de maldades?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— Vamos, amo, yo sé lo que estás pensando, anda que bien que te he tomado el pelo; ya estabas dispuesto a quitármelo. ¿Qué hubieras hecho, si lo hubiera encontrado de verdad?

LICÓNIDES.— No puedes decirme que era una broma, anda ve y devuelve el oro.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¿Que devuelva el oro?

LICÓNIDES.— Devuélvelo, digo, que se lo devolvamos a Euclión.

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¿Y de dónde lo voy a sacar?

LICÓNIDES.— ¿No acabas de confesar que lo tienes en un arca?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¡Bah!, yo soy de esa condición, de andar gastando bromas. Sí, eso digo.

LICÓNIDES.— ¿Sabes lo que te espera?

ESCLAVO DE LICÓNIDES.— ¡Maldición!, jamás lo conseguirás, así me mates.

(El final de la comedia falta en los manuscritos).

“Por Dios, olla de mis entrañas, qué de enemigos tienes, tú y el oro que se te ha confiado. Ahora lo mejor es, olla querida, que te lleve fuera de casa, al templo de la Fidelidad.

Colección
Lima Lee

